St. Stella Sanchez

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4 | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 26 DE JUNIO DE 1922 | No. 14

CARTA Y PROGRAMA A UN TIEMPO

México, 25 de mayo de 1922.

Señor don Joaquín García Monge,
San José de Costa Rica.

Mi querido amigo:

ESTA carta se la entregará Vincenzi, que ha pasado unas cuantas semanas entre nosotros. No se ha atrevido a quedarse más tiempo, aunque podía haber hecho mucho quedándose y aunque le instábamos a que se quedara. La primera salida de Don Quijote, al parecer, implica siempre el regreso inmediato al punto de partida. Sólo que no sé si en este caso se facilite una segunda salida.

Creo que Vincenzi tiene buenas ideas y buenos deseos, si bien su carácter le estorba un poco. Aquí hemos tratado de hacerle ver que necesita un poco más de sentido práctico, de darse cuenta de la realidad que lo rodea, para llevar a cabo las cosas que se propone.

En México Vincenzi ha podido hablar con algunas de las personas que están haciendo labor importante de nacionalismo y de cultura. El le llevará, pues, impresiones de primera mano. Muchas cosas que serían demasiado largas para explicarlas en carta, él podrá referírselas.

Creo que en carta anterior le he explicado, aunque brevemente, las impresiones que me produce el REPERTORIO AMERICANO. Sigue siendo interesante, y los números de los meses recientes están mejor que los de poco antes. Con el REPERTORIO y con sus colecciones de pequeños libros ha logrado usted crear en Costa Rica un foco de influencia sobre toda América: a imitación de la de usted han surgido otras pequeñas colecciones hasta en países como la Argentina.

Ahora, creado el foco de influencia, me parece que podría usted proponerse una labor de orientación. Hace mucha falta en nuestra América que todo se oriente en sentido americano y en sentido hispánico. La idea de la unidad de todos los pueblos de lengua española tiene que inculcarse en las conciencias. La necesidad de ir aumentando los lazos de unión, por medios efectivos y prácticos, debe hacerse evidente. La unión de Centro América, por ejemplo, me parece cosa que no debe dejarse dormir: mientras mayores sean los obstáculos actuales, más hay que insistir. Y hay que hacer comprender a los escritores que la inteligencia debe estar al servicio del bien humano: todo lo contrario de lo que predica José Ortega y Gasset en un artículo que usted reprodujo y que en España ha llamado acertadamente una revista «el mal consejo de un buen consejero». Precisamente Ortega, cuando se fundó la Liga de Educación Política en Madrid, esperaba que la inteligencia española se pusiera al servicio de la regeneración de España; ahora que se ha ligado él con los intereses de la burguesía, predica la inteligencia ociosa. En cambio, recuerde usted el hermoso *gesto* de Roberto Giusti al separarse de la revista *Nosotros* porque no quería ésta ocuparse de las cuestiones sociales que hoy agitan al mundo. Esta actitud de Giusti concuerda con la de los intelectuales mexicanos de hoy. Aquí se cree — creemos — que el intelectual está obligado para con el pueblo, para con el país y con «la raza». «Por mi raza hablará el espíritu» es la fe que ha adoptado la Universidad de México.

No crea usted que me figuro que la labor de su REPERTORIO y de sus colecciones de libros no es americana e hispánica. Sí creo que lo es. Sólo pretendo que ahora vaya más allá de la simple propaganda de cultura: que la labor sea más constructiva. Ya ha hecho usted algo en el sentido de la educación y en el sentido del folk-lore. Pero el REPERTORIO puede ser un instrumento formidable de unificación, de construcción, si ataca el problema hispano-americano en todas sus partes.

Estas son meras sugestiones: claro está que si las ideas de usted no concuerdan con las mías, no pretendo que me haga usted caso. Pero si, como sospecho, usted piensa de modo no muy lejano de éste, quiero hacerle ver la gran influencia que ya ejerce y la mayor que aun puede ejercer el REPERTORIO.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Análogas sugestiones, en otra carta

México, mayo 25 de 1922.

Señor don Moisés Vincenzi,
Rosas Moreno, 27.—Ciudad

Estimado y fino amigo:

ME parece que la primera labor que usted debe desarrollar, de acuerdo con los largos planes de trabajo efectivo que nos hemos propuesto, es una labor de publicidad. Para esto no hace falta fundar un periódico, empresa siempre difícil y costosa. Hay que aprovechar los periódicos ya existentes, aquellos que cuentan con largos años de vida y con sistemas de circulación y de canje bien establecidos. Creo, por ejemplo, que lo más útil es que usted tuviera una larga entrevista con el ilustre García Monge, y que le hiciera ver que, por lo menos en lo que se refiere a México, no es la parte más fiel ni la más interesante de la intelectualidad joven de México, y toda es joven, la que reproduce en el REPERTORIO AMERICANO. Tenemos los mexicanos, como es natural, y hoy más que nunca, grandes deseos de cultura, pero de cultura útil, de cultura popular, de ninguna manera de la cultura estéril y egoísta del gabinete. Para nosotros la torre de marfil de los malos versos es una cosa que definitivamente se ha acabado. En su lugar queda la acción, la acción social y preferentemente de cultura social. Resulta de ahí que reproducir versos, y luego malos versos, no es dar idea de la intelectualidad mexicana. Esta piensa más en las materias sociales y si hace labor de cultura selecta, aristocrática, tanto como más pueda hacerla otro pueblo cualquiera, es nada más con el propósito de que el espíritu sea más firme en sus creencias y en su acción. Hay que cambiar la orientación de los periódicos, que se reproduzcan los artículos literarios, claro, pero los buenos, y luego aquellos que, más importantes, son los fieles exponentes de la verdadera intelectualidad mexicana.

Creo firmemente que si usted le hace conocer esto al distinguido amigo (sin conocerlo), García Monge, él lo aceptará y se decidirá, como nosotros, a unirnos, fuertemente, definitivamente, para que los intolerables lugares comunes de los discursos y arengas (la unión latinoamericana, la raza, la lengua, la madre patria, etc.) sean una bella realización y no la máscara de la ignorancia y de cierta especie de politiquería romántica y puramente verbal.

Espero noticias suyas con mucha frecuencia y que vengan relatando siempre los éxitos. Suyo, devoto servidor y amigo.

DANIEL COSIO VILLEGAS

Desde la torre del vigía

POR R. BRENES MESEN

¡QUÉ fortuna es poder mirar a distancia las cosas que solimos contemplar de cerca! Las batallas ordinarias de la vida que a los contendientes pueden parecer,—con razón quizás,—desmesuradas, se nos presentan en más justas proporciones. Se ofrecen los hombres a nuestras miradas en juego con el medio y las circunstancias, y apreciamos más adecuadamente su grandeza y su pequeñez, su preparación y su ignorancia, su corazón y su ingenio. Una simpatía general por los que luchan de una parte y de otra reemplaza el entusiasmo del combate; se es más ecuánime. Se vive como en la torre del vigía.

Y puesto que así miramos, miremos así.

* *

UN Arzobispo de Santiago de Chile y un Arzobispo de San José de Costa Rica. (1) ¡Cuán profunda diferencia de comprensión! El uno tiene conciencia de su grandeza en la batalla, sabe que los combatientes son hermanos suyos enarbolando contrarias banderas y pronuncia las palabras evangélicas que serán siempre la fuerza de los poderosos dentro de la iglesia. El otro se arremanga las vestiduras hasta la cintura y se echa en la fangosa refriega que suscita la calumnia contra un ser humano; declara la guerra de exterminio contra quienes no pueden ser otra cosa que sus aliados—porque son los aliados de todas las grandes religiones—en la obra de revivir la espiritualidad del mundo. El uno es como el pastor que mira desde lo alto del collado la extensión de los rebaños. El otro usa su cayado para dar de palos a ovejas de otros rebaños para que se entren en el suyo, o a fin de que no le extravíen las que posee. El uno inspira la consideración del mundo, amigos y adversarios, si dignatario tal puede tener adversarios. El otro apenas recibe el sufragio de las ovejas que se apiadan de verle descendido de su sitial apaleando rebaños ajenos.

(1) Reléase la Pastoral de Crescente, Arzobispo de Santiago de Chile, publicada en el nº 9 del tomo en curso del REPERTORIO.

* *

UN profesor dice que en sus clases de literatura ha leído, estudiado y comentado las obras de la India. ¡Cuánta erudición! Los grandes Vedas, el inagotable Mahabharata, el sensitivo y bélico Ramayana, los abismales Upanishads, los suntuosos, inexaustos Puranas, los innumerables Sutras, los bellos y hondos comentarios de Sankara, de Patanjali... Esto es enorme. ¡Qué no hubiera yo sabido en tiempo de la existencia de tales clases de literatura! Y oir, luego de leer y estudiar esas obras, los eruditos comentarios del profesor, y sus sabios juicios sobre la poesía, la filosofía, la ciencia, la religión, el derecho, las costumbres, la historia del maravilloso pueblo que reverenció muchos de aquellos libros como sagrados... Porque la banalidad insustancial de que en esas obras «a las bellezas innegables que contienen reúnen todas las monstruosidades de la exaltada y enfermiza imaginación oriental» etc., no puede haber sido la más sólida, la más profunda, la más original y bellamente expresada conclusión de tan largo, paciente y liberal estudio. Ese juicio data de Schopenhauer refiriéndose exclusivamente a la poesía, de la cual dice: «Aunque siento la más elevada consideración por las obras religiosas y filosóficas de la literatura sánskrita, no he logrado derivar gran placer de sus composiciones poéticas. Aun me parecen tan faltas de gusto y tan monstruosas como la escultura de la India». De ahí las afirmaciones de los tratadistas escolares, que no leen las obras mismas, sino los juicios ajenos. Pero un renombrado profesor que ha leído, estudiado y comentado en clase la literatura de la India, seguramente sabrá algo más bello y más digno de conocerse. El, como Schelling, como Hegel y Schopenhauer, será capaz de anunciar que «la influencia de la literatura sánskrita no será menos profunda que la resurrección del griego durante el siglo catorce». Y la figura prócera de este profesor se perderá en la gloria de los tiempos.

* *

REALMENTE, estos eruditos a la violeta inspiran piedad. Como poseen ligeras nociones de todo, dan por seguro que de todo son maestros eminentes. Aun se permiten proponer discusiones acerca de lo que confiesan —y ya es mucho esto de confesar alguna ignorancia — que no saben. Vaya de ejemplo.

Este mismo erudito que ha leído, estudiado y comentado en clase la literatura de la India se despierta, de pronto, del sueño medioeval en que vive y se halla teósofo. Pues bien, confunde teosofía con Sociedad Teosófica, teósofo con teosofista y dogmas con enseñanzas o principios. Pero es un erudito, todo un erudito que quiere discutir los dogmas de la Teosofía. Si yo hubiese podido inspirar oportunamente una respuesta habría escrito: Discuta Ud.—Primer dogma teosófico: La Teosofía no tiene ni acepta dogmas; respeta los dogmas de las religiones y los explica. Por tanto, la reencarnación no es un dogma, es un principio que el teosofista puede aceptar como mera hipótesis para explicarse multitud de fenómenos de su vida física, intelectual y moral. Pero si le rechaza, está en su derecho y sigue siendo tan teosofista como si le aceptase. Segundo dogma:—La Sociedad Teosófica es de origen moderno, se fundó en 1875; pero la teosofía nada moderno tiene. La palabra nació entre los neoplatónicos de Alejandría. Es, pues, más antigua que el Cristianismo.

¡Y qué prodigiosa discusión será la de ese varón sapiente que ha bebido la insondable sabiduría de los Upanishad y de los sagrados Sastras!

Syracuse, N. Y. Junio, 1922.

LA SIESTA ETERNA

Por MIGUEL DE UNAMUNO

Aunque aquello a que se llamó la Gran Campaña Social parece que se hizo abortar, nos conviene, a los liberales, estar siempre sobre aviso, porque su cesación, o mejor remisión, no fué acaso sino temporal. Fué una retirada táctica. Se espera a tiempos más propicios para renovar, aunque en otra forma, aquella campaña. Y la acción íntima que la produjo persiste. Ven sus fautores que se equivocaron en el momento, y acaso en el aparato; pero aguardan.

Las gentes que alentaron esa campaña, las mismas que fundaron y sostienen *El Debate*, las que alientan con la concepción jesuítica de la vida y de la historia, viven alarmadas. Aunque no es del todo exacto que hablemos de concepción jesuítica de la historia, ya que lo propio del jesuitismo es la negación de la historia.

En nada acaso se revela más hondamente la esencia del jesuitismo que en aquella famosa expresión del Catecismo de la doctrina cristiana de nuestro P. Astete, un jesuíta, y es la que dice: «eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder». Y es que nadie como los jesuítas ha defendido la fe implícita, la fe del carbonero. O sea la obediencia de entendimiento que dijo Iñigo de Loyola. El jesuíta llega a más y es a desconfiar de la teología. Cuanto menos se piense en problemas religiosos, mejor. Basta tomar el dogma ya hecho, el género de fábrica con su estampilla.

La pedagogía jesuítica se cifra en hacer que se enseña sin enseñar, ya que la ciencia es peligrosa. Unas cuantas reglitas, un artificio cualquiera, lógico o retórico; unos ejercicios espirituales en que todo esté ritualizado, en que no haya que pensar. Acaso erudición, pero sin alma. Jesuitismo es lo opuesto del humanismo. Hasta a la mística trataron de mecanizarla, de arrutinarla.

Para el jesuíta los dos motes de mayor condena son excéntrico y extravagante. Y es que él, el jesuíta—pertenezca o no a la Compañía—, es concéntrico e intravagante. Se cree que ha viajado mucho cuando se ha pasado años enteros dando vueltas cada día al jardín o acaso al patio del convento. «¡Cuánto ha viajado el P. López!» Y el P. López se ha andado cinco leguas cada día, pero sin salirse de la huerta de su residencia. Y así en sus estudios. De donde cuanto más estudian saben menos. Y lo proverbial ya de la ignorancia—y de la bobaliconería a la vez—de un jesuíta español especie de monje budista tibetano.

Y este jesuitismo español, este horror a la inquietud mental, a la curiosidad de espíritu, al hambre y sed de conocer, esto que es lo que más produjo nuestra Inquisición de antaño, esto se alarma ahora. En el plan de los que se servían de D. César Silió en Instrucción Pública entraba apoderarse de la enseñanza pública para luego enseñar lo menos posible. Desde luego limitar el programa de la instrucción primaria. El maestro de escuela no debe enseñar más que a leer, escribir, contar, las cuatro reglas de aritmética y catecismo, mucho catecismo. Quien añade ciencia añade dolor. E inquietud y desasosiego y... desobediencia. Y más peligroso que la ciencia, el arte; más que la verdad, la belleza. El arte es el enemigo; el bello arte se entiende. Por eso el jesuitismo es profundamente académico y preceptivo.

Un párroco, educado jesuíticamente, decía hace poco que entre los indianos, los que vuelven de América, y los maestros de escuela formados en Normales cuyos profesores procedan de la Escuela Superior del Magisterio, están echando a perder a los pueblos. Y además los periódicos. Y en general todas las lecturas.

El vasto plan que había bajo eso de la Gran Campaña Social! Y plan que sigue. Un plan para estupidizar a España, para extender por toda ella la memez jesuítica, para convertirla en un Paraguay como el de las Misiones o Reducciones con que acabó Carlos III, Acadia feliz de prosperidad material y de muerte del espíritu.

Eso sí, negocio, mucho negocio. ¡Negocios de aquí abajo, porque eso distrae y adormece el espíritu y luego el gran negocio de nuestra salvación! El destino final del hombre, el pavoroso problema de nuestra misión histórica, de la finalidad de la conciencia humana, convertido en un negocio. Y regido este negocio por las prácticas, también mercantiles y como de escritorio, de ese culto tibetano a lo que llaman el Sagrado Corazón de Jesús. Superstición del más genuino estilo tibetano.

Un Tibet occidental se quería y se sigue queriendo hacer de nuestra España. Nada de extravagancias, nada de originalidad, nada de espontaneidad de pensamiento, sino todo a regla y compás. Ni siquiera repensar lo que otros hayan pensado.

Cuando el primer hombre se puso a comer del fruto prohibido del árbol de la ciencia del bien y del mal cayó, según la leyenda bíblica, en el pecado original y de aquí empezó la historia, que es lo que otros llaman el progreso. Y la historia es el proceso de la divinización del hombre, del acrecentamiento de la conciencia. Pero el ideal jesuítico es sumirnos en la infantil inocencia paradisiaca y en la obediencia del cadáver. Por algo ponen como ideal de los jóvenes a ese dechado de insignificancia que es San Luis Gonzaga, que por lo demás no pudo haber sido como los jesuítas nos lo pintan, porque eso ni es persona. Hay una simplicidad que no llegando a ser humana, no puede llegar a santidad.

¡Y lo que se podría decir de la grotesca memez de los procedimientos que los padrecitos ponen en práctica para atraerse a los niños! Diríase que los creen a todos guaraníes.

Y no cejan en el empeño de estupidizar a España, de tibetizarla. Cada uno encarrilado en su negocio de tejas abajo y luego ellos, con la mecánica de los ejercicios espirituales y otras maquinillas por el estilo, administrando el gran negocio de nuestra salvación. O sea la siesta eterna.

(*España*, Madrid).

Una carta y su comentario

Por ENRIQUE JOSE VARONA

Si es cosa impertinente que lo escrito de ayer hoy se comente, como aseguraba el poeta español, voy a cometer a sabiendas esa impertinencia. Voy a poner breves comentarios a una carta mía, escrita hace poco; y lo hago así, porque algunos de los peligros señalados en ella se nos presentan hoy más amenazadores.

No pretendo sino cumplir con mi deber de ciudadano: pues se trata en el Congreso de introducir cambios de extraordinaria trascendencia en nuestra Constitución; y parece y es natural que tal empeño sea estudiado, y juzgadas sus consecuencias posibles.

Desde luego he de poner el mayor empeño en no atender a prejuicios; ya que se trata de un asunto cuyas consecuencias tocan a todos los cubanos y cuya repercusión se ha de extender a muchas generaciones.

La carta dice de esta suerte:

Señor Director de
El Correo de Holguín.

Distinguido señor mío:

He recibido un número de su ilustrado periódico de 27 del pasado diciembre, y veo en lo alto del margen un letrero que dice: «Dadnos vuestros consejos. Marcadnos la ruta. Veteranos de Holguín».

Grande honor me dispensan las personas que se dirigen a mí; y para contestarles, me tomo la libertad de enviar a Ud. esta carta, rogándole que la haga llegar a sus manos.

Bien quisiera yo tener fuerza de persuación bastante, para señalar a mis compatriotas el camino por donde pudiéramos llegar a terreno más llano y sólido; pues nada menos necesitamos que rectificar nuestra conducta.

Si hemos de salir de estos atascaderos, preciso es ante todo considerarnos unos a otros como colaboradores, igualmente interesados en la obra común de mantener y engrandecer nuestra patria. Debemos poner primero el deber de cubanos, y muy en segundo término los compromisos políticos. Procuremos que el estar afiliado a este o el otro partido no sea motivo de inquina, ni siquiera de animosidad entre convecinos. Esto es tan capital, que de otro modo no habrá tranquilidad entre nosotros, ni la cooperación necesaria para tratar de sacar a la república de las grandes dificultades presentes. No necesitamos sólo la paz pública; necesitamos el sosiego y, si fuera posible, la concordia.

Hay después remedios políticos, que convendría aplicar. El poder omnímodo del Presidente debe desaparecer. Hay que cambiar el sistema constitucional, no para prorrogar los términos de los actuales funcionarios, sino para adoptar una forma de gobierno que permita la disolución del Congreso y la apelación al pueblo. Esto no es una panacea, pero es mucho mejor que lo actual.

Importa reducir a lo necesario los gastos públicos; hay que hacer diáfana su inversión; hay que aumentar las contribuciones directas y disminuir las indirectas, principalmente las de consumo, como el arancel aduanero, que pesa casi todo sobre el pobre. Urge disminuir el número de empleados, dejando solamente los precisos, y pagándolos muy bien. Conviene más pagar tres mil pesos a un empleado probo, competente y laborioso, que mil a tres sin todas esas cualidades. Es indispensable estabilizar al empleado, para que vea en su puesto el modo definitivo de su vida. En una palabra, necesitamos acabar con la burocracia, que es la carcoma del Estado; necesitamos gastar lo que tenemos y no vivir de prestado; necesitamos ser patriotas de corazón y no de boca. Porque el verdadero patriotismo resulta la verdadera conveniencia del ciudadano.

Estas son algunas ideas rápida y concisamente trazadas, no un plan de reformas; pero con sólo su aplicación tendríamos mucho adelantado para reformarnos.

Vedado, 3 de enero, 1922.

Los puntos de esta carta que me propongo comentar ahora son los políticos. Porque nuestra propia experiencia, en estos años de gobierno propio, ha debido aleccionarnos. En todas partes hay muchos que se muestran indiferentes con respecto a los asuntos públicos; en todas partes es un error, pero en Cuba resulta una obcecación que puede costarnos cara. Nuestra situación internacional es muy peligrosa: nuestra situación interna se desenvuelve entre enormes dificultades. La presencia de tan gran número de extranjeros, colocados en posiciones económicas importantísimas, dueños de casi toda la industria y de casi todo el comercio, constituye para el cubano un problema capital, envuelve una seria amenaza; porque es inocente creer que no han de mirar más a su provecho que al nuestro, en las muchas ocasiones de conflicto que trae el desarrollo normal de los negocios.

Nuestra mayor defensa estriba en las funciones de gobierno. Gobernarnos bien, honradamente, cuerdamente, modestamente, sin baladronadas, pero sin abdicaciones, será tanto como ir afianzando cada vez más las raíces que nos aseguran a nuestro suelo. Estas no son palabras en el aire. Los libertadores cumplieron con la patria. Sus sucesores estamos obligados a otra tarea, menos cruenta, pero igualmente difícil.

¿Nos hemos gobernado bien? Respóndase cada cual a sí mismo; pero respóndase con toda la sinceridad de su conciencia. Hemos querido establecer un gobierno completamente descentralizado, lo cual equivale a decir un gobierno que no gobierne, y hemos parado en un gobierno que todo lo tiene centralizado. En lo administrativo, porque se lo concede la ley; en lo legislativo, a espaldas de la ley; y en lo judicial contra la ley, pero por medio de la ley. En Cuba, véanlo bien los ciudadanos que se desentienden de asunto tan trascendente, no hay sino un poder real, efectivo, actuante siempre, el del ejecutivo.

No faltará quien me diga que así había de ser por fuerza, pues cada país busca, a sabiendas o a tientas, el modo de gobernarse que le conviene, que se le ajusta. Lo cual significa que Cuba no ha pasado de ser una dotación con su mayoral al frente. Es un concepto sencillo, primitivo, de un idealismo de rancho de tramperos o de *pueblo* de indios. Si quien así discurre está en lo cierto, todo lo escrito aquí, y cuanto se ha dicho y se diga semejante a eso escrito, huelga por completo.

Pero me permito tener una opinión algo distinta. Recuerdo el pasado próximo y remoto de mi país, los esfuerzos gigantescos de más de una generación de patriotas por salir de esa abyección; y todavía me queda alguna esperanza de que reaccionará la conciencia pública. Examine fríamente cada uno los resultados de la política gubernamental después del señor Estrada Palma, y limitando su pesquisa a lo meramente interior, sin dirigir siquiera una mirada a las relaciones exteriores, vea de dónde proviene la desmoralización progresiva de todos los servicios públicos, el derroche llevado a los últimos límites de la imprevisión, el nepotismo tan imprudente que casi parece inocente, el soborno directo e indirecto de los que pueden fiscalizar, la almoneda más o menos abierta para la adjudicación de las obras de interés común. Todo proviene de ese poder omnímodo en manos de un solo hombre; el poder omnímodo, que es la droga heroica más perniciosa aun para los cerebros mejor lastrados.

Sin ser profeta, puede asegurarse que mientras subsista el régimen presidencial vigente, nuestros males irán exacerbándose, sin esperanza de curación. Puede encontrarse un buen Presidente; el régimen lo maleará.

¿Está el remedio en el cambio de sistema? No; pero sí la posibilidad del remedio. Los pueblos, como los indi-

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada SEMANALMENTE por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto..............	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración..........	2-00
Para el extranjero, el número suelto..........................	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)..........	3-50 » »
La página de avisos, por inserción.........................	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

viduos, tienen que buscar tanteando su camino hacia la salud. No soy un empírico, vendedor de recetas políticas; sino un cubano que desea el mejoramiento de los cubanos. Hay que cambiar de régimen, de modo que el contacto entre el gobierno y el pueblo, fuente éste de todo poder, sea frecuente y en ocasiones directo. Sin *referendum* no hay verdadero gobierno popular. Si tenemos miedo a consultar al pueblo, será porque nos creamos más clarividentes y más bien inspirados que él; de un modo u otro, mejores que él. Respeto infinitamente la vanidad humana, ¿pero de dónde nos viene ese privilegio; quién nos dió mejor vista, mejor inspiración, más don de acierto? ¿Qué pueden presentar en su activo, como muestra de su mayor previsión o de su devoción más completa a los intereses públicos, los directores de ellos en todos estos años? La bancarrota de todos los valores, económicos y morales, de nuestra comunidad.

No me apoyo, por tanto, en ninguna doctrina, no apelo a nuestra pregonada democracia, para denunciar del modo más formal el intento de extender el período de su mandato a los legisladores. No voy a indagar si en alguna Constitución actual se encuentra modelo para esa larga abdicación del derecho del pueblo a renovar su representación. Después de todo, hay por allí monarquías con pares o lores o senadores vitalicios. Pero sí pregunto ¿qué resultados beneficiosos para el procomún pueden exhibir en general nuestros legisladores? No han faltado, ni faltan en el Congreso cubano hombres de grandes luces, de actividad, de patriotismo, con la preparación que dan la experiencia y la ciencia. Desde luego; más para esos está abierta de par en par la reelección.

Importa no tergiversar. La reelección implica el presentarse el elegido cada dos o cada cuatro años ante el mandatario, con las pruebas de que ha cumplido su mandato. La reelección ratifica la confianza recibida; es la confirmación de haber sabido llenar el reelecto todo cuanto exigía de su honradez y pericia el elector, y el galardón de esa conducta.

Naturalmente no estoy hablando de las funciones ejecutivas, sino de las deliberantes. La más triste experiencia, sentida hondamente en nuestra propia carne, y contemplada con terror en las naciones afines, nos ha debido enseñar que el investido del poder nunca debe ser reelecto. Un solo término, uno solo, sin repetición ni ahora, ni después de cierto plazo; éste conviene que sea el santo y seña de la verdadera democracia. Hemos visto y tocado las consecuencias, subversivas de todo derecho, de dirigir o hacer dirigir desde los puestos ejecutivos elecciones en provecho propio. Las rectas funciones del gobierno se han paralizado o desatendido, y el proceso electoral ha hecho brotar un semillero de desafueros e iniquidades.

¿Y si tropezamos con el ave fénix, con el gobernante perfecto? Como el gobernante perfecto ha de ser un hombre, no demos ocasión a que el tiempo cercene, y fatalmente ha de cercenarlas, sus perfecciones. Que sirva, en su único período, de modelo y de estímulo.

Pensemos que gobernar no es empresa tan difícil. Bastan probidad y clarividencia, conocimiento directo de su pueblo y de sus hombres, respeto a la ley y respeto de sí mismo. El gobernante que se crea autorizado para salirse de la ley a fin de entrar en el derecho, según la frase hipócrita del vocabulario de los déspotas, constituye un peligro, un gran peligro público. Porque hay mucha diferencia entre ejecutar la ley y aplicarla. El ejecutivo ejecuta.

El tratar como lo exige su importancia, de la aplicación de la ley, me desviaría de mi propósito actual. Gran suma de escarmiento pesaba sobre el obispo Hoadley, cuando reconocía que quien tiene autoridad para interpretar una ley, es decir para aplicarla, ése es el verdadero legislador, y no quien primero la dictó. Esta es la razón definitiva por la cual he sostenido siempre que no será libre el pueblo que no se dé una legislación sencilla. Las leyes complicadas son trampas en que se enzarza el derecho. Aquí tiene razón de ser, y se la ve con claridad, la contraposición de estos términos; con la cual, según apunté más arriba, se quiere cohonestar la tiranía.

Uno de los mayores males de la época contemporánea ha sido y es el predominio y la influencia de los jurisconsultos. Su propensión a acumular código sobre código se ha convertido en causa preponderante del hondo descontento que amenaza con desquiciar la organización actual de las sociedades occidentales. A ellos se debe el haber convertido los cuerpos deliberantes, cuya función esencial es la composición metódica y periódica del presupuesto, cuya función segunda debería ser la fiscalización razonada de los actos administrativos, en cuerpos casi únicamente legiferantes.

Estas breves consideraciones sólo han tocado los puntos capitales en lo concerniente a la reforma constitucional que se trata de hacer y a la que se debiera hacer. Piensen los cubanos que si hemos de arrostrar con fruto la honda agitación, la efervescencia de sentimientos y el conflicto de opiniones que implica una transformación de la Ley Orgánica, lo conveniente es que de ella resulten cambios provechosos para todos y no favorables sólo para algunos.

Vedado, 4 de abril, 1922.

(Cuba Contemporánea. La Habana).

El empréstito, una amenaza para Costa Rica

La República de Brown Bros.

(Artículo publicado por *The Nation*, de Nueva York, el 7 del corriente mes)

El imperialismo americano no es cosa nueva. En cierto modo data de los primeros tiempos de nuestra historia, y lo que ha sucedido en Haití y en Santo Domingo en los últimos seis años, aconteció casi punto por punto en Nicaragua hace unos doce. A estas tres repúblicas les hemos impuesto empréstitos ruinosos, convirtiendo países «libres y soberanos» en paniaguados de bancos de Nueva York, y en todos tres se ha echado mano a la fuerza armada de los Estados Unidos para reprimir los esfuerzos de los pueblos por libertarse y para remacharles el dominio financiero americano. Los que ejecutaron este trabajo puerco, rara vez supieron para quién trabajaban; creían estar cumpliendo con un honrado deber de policía.

El ciudadano americano común ni siquiera se enteró de que estábamos conquistando esos países y mucho menos de que lo hacíamos para pequeños grupos de banqueros.

El pueblo puede seguir fácilmente los movimientos de un regimiento al través de la frontera de un país vecino; pero sabe poco de los que ejecuta la armada en el mar. No tuvo la oportunidad de dar su parecer, ni de manifestar su consentimiento o su inconformidad acerca de nuestra invasión de Haití, Santo Domingo o Nicaragua. Tres administraciones que se han sucedido en Washington dieron buenas pruebas del temor que les inspiraba el veredicto del pueblo expresado por su representación en el Congreso, al hacer como hicieron, la guerra sin consultar a dicho cuerpo. El Senado, repetidas veces, rehusó ratificar la Convención Knox-Castri-

llo relativa a la sujeción financiera de Nicaragua, y el Tratado Bryan-Chamorro tan sólo fué ratificado en 1916 porque ocultaba su verdadero alcance, tras de la compra aparente de unos derechos sobre el Canal, y porque lo sacaron a relucir en momentos en que todas las miradas estaban fijas en Europa.

El caso de Nicaragua, expuesto por Mr. Turner [1] en «The Nation», la semana anterior y la presente, en nuestra Sección de Relaciones Internacionales, es particularmente significativo. Hemos residido en Nicaragua lo suficiente para ver como procede la política del imperialismo financiero. En ese país empezó con más disimulo que en Haití y Santo Domingo. El Presidente Zelaya, a quien depusieron los Estados Unidos en 1909, era en realidad un tirano sanguinario; apenas existían la ley y el orden; dos americanos, miembros de un ejército revolucionario, fueron matados. Este hecho suministró todos los pretextos de cajón para asumir «la carga del hombre blanco»; pero, como sucede habitualmente, impusimos a la raza de piel más oscura una carga mayor que la que asumimos nosotros. Derrocamos a un tirano y nos convertimos nosotros en tiranos tan poco respetuosos de los intereses de Nicaragua, como el réprobo que expulsamos. Porque «nosotros» ha venido a significar, no el pueblo americano en conjunto, sino un grupito de banqueros: Brown Bros. and Cº y J. and W. Selligman. Los documentos que esta semana se publican en la Sección de Relaciones Internacionales, nos muestran al Departamento de Estado de Washington y al Ministro americano en Nicaragua, obrando como agentes particulares de dichos banqueros y empleando marinos americanos cuando esto es necesario para imponer su voluntad.

El primer paso fué crear uno Comisión Mixta de Reclamos, compueta de dos americanos y un nicaragüense, para conocer de todas las reclamaciones pendientes. Nicaragua titubeó; la obligaron a aceptar la Comisión conforme a un plan dictado por Washington, y, después que lo hubo aceptado, a modificarlo de acuerdo con la segunda manera de pensar de Mr. Knox, legalizando una serie de escandalosas concesiones de lotería y otras que habían sido revocadas. Se hizo brillar ante sus ojos la promesa de un empréstito de quince millones de dólares. Se le indujo a que nombrase a Brown Bros. para que la representaran en sus negocios con los tenedores de bonos extranjeros, y entonces le prestaron un millón de dólares a un año de plazo (millón del cual recibió poca cosa), garantizado por el impuesto de aduanas. Habiendo llegado al poder un nuevo Presidente y estando casi caído el candidato de Brown Bros., tomamos cartas en el asunto y lo volvimos a levantar. Naturalmente, el procedimiento cuesta dinero. Brown Bros. hicieron más empréstitos, todos pequeños y a plazos cortos, con garantía del Ferrocarril, que pronto obligaron al Gobierno a venderles más o menos por la mitad de lo que costó la construcción, no obstante que estaba dando buen dividendo sobre el monto del costo.

Entre las reclamaciones extranjeras que tomaron los banqueros estaba la deuda contraída por Zelaya con Ethelburga en 1909 al 75 %. Una parte de este préstamo se empleó en amortizar deudas anteriores, otra se trajo a Nicaragua y fué despilfarrada. El sindicato Ethelburga retuvo en sus arcas $ 1 800,000 para emplearlos en la construcción de ferrocarriles, no obstante que el sindicato cobraba intereses sobre esta cantidad. Brown Bros. consiguieron tomar también dicha suma y la emplearon en cubrir los adelantos de dinero que hacían a Nicaragua. El ferrocarril no ha sido construído todavía. Los banqueros obligaron a Nicaragua a establecer—como corporación de Connecticut—el Banco Nacional de Nicaragua con un capital autorizado de cinco millones de dólares, del cual sólo se han pagado cien mil dólares, y obligaron también a Nicaragua a pagar cuarenta mil dólares anuales a los empleados americanos nombrados por los banqueros. «Prestaron» dinero, pero quedándose con él para emplearlo en establecer un talón de oro que casi ha causado la ruina de los negocios de Nicaragua. Absorbieron sucesivamente la administración de las aduanas, del ferrocarril, del Banco Nacional, de las rentas internas, dejando al Gobierno de Nicaragua convertido en un maniquí vacío. En todo esto colaboraron activamente nuestro Departamento de Estado, nuestro Ministro en Nicaragua y nuestras fuerzas navales. Uno de estos días tuvimos un ejemplo de lo que pasa. El 22 de mayo estalló una revolución contra el Presidente de Brown Bros., que es sumamente impopular en Nicaragua. Los revolucionarios se apoderaron de un fuerte que domina la capital. En el acto, el comandante del destacamento de marinos (los tenemos en Nicaragua desde 1912) notificó a los revolucionarios que si persistían, iba a emplear contra ellos su artillería.

La cosa es clara. La cuestión consiste en saber cuántas veces se va a repetir en otros países. Los banqueros de Nueva York están ahora negociando un empréstito para el Perú y, como paso preliminar, las Aduanas del Perú han sido puestas bajo la supervigilancia americana. La servidumbre financiera que se le está imponiendo a Guatemala con ayuda de Mr. Hughes, se pondrá en relieve en un artículo posterior que se insertará en estas páginas. Hay o había veinte repúblicas independientes situadas al Sur de los Estados Unidos. Por lo menos cinco (Cuba, Panamá, Haití, Santo Domingo y Nicaragua) han sido ya reducidas al estado de colonias con un tanto de gobierno propio bastante ficticio, a lo más. Otras cuatro (Guatemala, Honduras, Costa Rica y el Perú) están en camino de quedar reducidas al mismo estado. Ni siquiera a México lo trata Mr. Hughes como nación soberana e independiente. ¿A dónde iremos a parar? ¿Dónde acabará esto? ¿Crearán los Estados Unidos un gran imperio en este hemisferio, un imperio sobre el cual el Congreso y el pueblo americano no ejercen autoridad, un imperio gobernado por un grupo de banqueros de Wall Street, a cuya disposición ponen amablemente sus recursos los Departamentos de Estado y de la Marina? Estas son preguntas que el pueblo, el pueblo sencillo, cuyos hijos mueren de fiebres tropicales, de balas disparadas por patriotas, tiene el derecho y el deber de hacer, y también le corresponde el derecho y el deber de insistir en que se le den respuestas categóricas.

(La Tribuna, S. J. de C. R.)

[1] Publicaremos luego el artículo de Mr. Turner.

UN SILVA INEDITO

POR ROBERTO LIÉVANO

[Con motivo del vigésimo sexto aniversario de la muerte de Silva, que hoy [1] se conmemora, creemos oportuno insertar en nuestras columnas, en esta fecha, un artículo en que Roberto Liévano estudia un sugestivo y casi inédito aspecto en la vida de nuestro gran poeta].

ENCUBIERTO por recia pasta de luto ha llegado hasta mí—después de largos años de oculta guarda—un copiador de la correspondencia de José Asunción Silva.

Inefable emoción - evocadora e íntima—colmó mi espíritu al comenzar la lectura de esas páginas. Tenía la esperanza de que ellas hubieran logrado aprisionar muchos aspectos íntimos del autor de los *Nocturnos*, confiados a la misiva amistosa o familiar en el abandono confidente de un epistolario. Soñaba hallar al través de esas líneas impresiones de sus viajes; revelaciones de esa «Sociedad de Autopsia Mutua» que él quiso establecer con la colaboración de almas selectas y cordiales; conceptos de arte; notas marginales de crítica.

Pero si esa esperanza hubo de desvanecerse al iniciar, apenas, la lectura, otra sensación - no menos interesante - vino enseguida a reemplazarla. Todas las cartas que están ante mis ojos son cartas comerciales, notas de negocios. Y, sin embargo, esa prosa densa ofrece, en alto relieve, un aspecto de Silva casi desconocido y lleno del interés más atrayente.

El hombre, el ser humano, el espíritu facetado y múltiple cuyo programa era vivir la vida en todas sus manifestaciones, surge de allí con toda plenitud.

¡Silva, comerciante! ¡Silva, industrial!... ¿No aparece desconcertante, o al menos paradójico—para los admiradores superficiales—el ayuntamiento de esas dos palabras? Y, no obstante, ellas son el resumen y el compendio de una faz que en la vida del poeta es preciso estudiar con atención y con detención. El oro, el frío y áureo metal que cierta bohemia adocenada finge despreciar; el oro, el oro todopoderoso que ha inspirado tantos y tan despechados anatemas, era para Silva un metal ideal, no por un anhelo de concupiscente avaricia, no por un trivial deseo de burgués acaparador, sino por lo que ese oro significara al traducirse en refinamientos indispensables para la aristocracia de sus nervios, en regalado deleite para sus emociones, en el esplendor magnífico y suntuoso con que soñara, en esa bella obra de arte que él quiso hacer de su vida.

Desde un principio Silva se sintió atraído y subyugado por la visión de vastas especulaciones. Niño apenas, cuenta uno de sus críticos, que sus mayores preocupaciones radicaban en el curso de la Bolsa, y en las cotizaciones del mercado de Mánchester. Más tarde se asoció a su padre en negocios de importación. Después montó un almacén de novedades: sederías, diáfanos cristales, artísticos bronces. Y, finalmente, ensayó una nueva empresa: la fabricación de cementos y mosaicos.

* *

Todo el proceso de esta última combinación industrial se desarrolla en las cartas que ahora tengo a la vista. Silva, siempre atento a lo que él llamaba gráficamente «la caza del real», estudió durante su residencia en Caracas, como Secretario de nuestra Legación ante aquella República, todos los pormenores y todos los detalles que pudieran servirle luego, a su regreso a Bogotá, para la fundación que proyectaba.



JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

El mismo lo confiesa en una carta para don Dionisio Jiménez, de Cartagena:

«He estudiado todo lo referente al negocio y poseo todos los conocimientos de química necesarios... Convencido de que el negocio puede ser bueno en todo el país—lo que la experiencia ya me va demostrando—pedí y obtuve del Gobierno privilegio exclusivo».

En su plan estaba abastecer de piedra artificial todos los mercados de Colombia y los de Costa Rica y las Antillas. Con ese fin pensaba dirigirse a la Costa Atlántica a fundar, personalmente, sucursales de su empresa, y así lo comunica en carta para el mismo destinatario, fechada el 24 de marzo de 1896, *dos meses precisos antes del día de su muerte:*

«Yo estaré allá a montar la fábrica en diciembre de este mismo año».

Y más adelante da idéntico aviso a don Miguel Díaz Granados:

«En diciembre voy allá a pasarme unos días con ustedes, y llevaré otra vez los *calzones de cuero peludo* para ir a pasear por esos cerros».

Puede asegurarse que desde marzo hasta mayo del 96 (el día 15 de ese mes aparece fechada la última carta), Silva no dejó pasar un solo día sin escribir a sus agentes y corresponsales, a sus amigos y relacionados del país y del exterior, abultadas misivas —algunas de veinte y más páginas— en todas las cuales se trasluce su entusiasmo y su esperanza.

Entremezcladas a esas comunicaciones—todas las cuales se refieren exclusivamente a la empresa industrial—aparecen no pocas notas dirigidas a los grandes sastres de París, haciendo pedidos para su guardarropa. El Silva mundano, el Silva dandy, el Silva árbitro de todas las elegancias, aparece allí fastuosamente.

La última nota de pedido aparece enviada *un mes antes* del trágico 24 de mayo.

* *

En número no inferior al de estas solicitudes figuran otras para los libreros. En el solo ramo referente a asuntos químicos e industriales, hace pedidos a seis casas editoriales. Y en lo referente a literatura... sería cosa de nunca acabar. A sus corresponsales en París les envía las direcciones minuciosas de las siguientes librerías, cuyos catálogos deben dirigirle: Alphonse Lemérre, E. Dentú & Co, Paul Ollendorff, Félix Alcan, Hachette y C^o, Librairie Académique, Calman Levy, Chaumel, Octave Doin, Ad. Braun, Bauduy y C^o, etc., etc.

Enseguida les hace la enumera-

[1] 24 de mayo de 1922.

ción de las revistas parisienses cuyas suscripciones deben pedir en su nombre: suscripciones anuales a la *Revue des Deux Mondes*, a la *Revue Enciclopedique*, a la *Revue Philosophique*, a la *Revue Bleu*, a la *Revue Blanche*, al *Mercure de France*... Y, finalmente, les hace estas advertencias:

«Todas estas suscripciones deben tomarse de enero de 1896 en adelante, y suplicar a los libreros que envíen los periódicos muy bien envueltos»... «Asimismo les encargo pasar una nota a los libreros y casas editoriales, *a todas*, pidiéndoles les remitan catálogos de este año, que tendrán la bondad de enviarme por correo».

* *

Como es averiguado y sabido, Silva guardaba en sus bodegas, para regalo de sus amigos, los más finos licores, de los cuales nunca probaba: en cambio, afirman sus íntimos que era un insigne bebedor de té. Esa bebida aromática y excitante, libre de toda pudibunda mixtificación de *home*, hacía su delicia. Por eso encontramos este párrafo, bien significativo, en una de las cartas para sus corresponsales de Londres:

«Suplico a ustedes la compra y despacho por mi cuenta—en paquetes postales y en cajitas de madera y lata o de plomo—de 12 libras de té negro de la calidad más fina que venda la United Kingdom Tea Cº»

* *

Los dos últimos meses de la existencia de Silva—marzo a mayo de 1896—forman sin duda el período más agitado y tumultuoso. A ese respecto hace él una íntima confidencia—acaso la única personal del epistolario—en carta dirigida al doctor Eduardo Gutiérrez, residente por entonces en París:

«Ahora, preguntará usted: ¿Y qué más se le ofrece?... ¿No? Que esté contento, que diría Cambilito, y que se acuerde de éste, de tantos tipos elegantes y simpáticos que pueblan las esquinas de la Calle Real, del mugre de la ciudad que tuvo la honra de verlo nacer y desarrollarse, y que, acordándose de todo eso, resuelva ventilarse un poco más y aguardar un poco para regresar a este rincón donde lo esperamos, con los brazos abiertos, los que lo queremos de veras.

»Estoy llevando una vida inverosímil. No veo a nadie. Trabajo el día entero y la mitad de la noche, y confío en no cumplir los treinta y tres sin poder descansar, pero de veras, y entregarme a leer alemán y escribir novelas para que usted diga que le gustan. Tal vez me hago ilusiones respecto de mis empresas, pero si éstas no me sacan avante, entonces es que no hay negocios posibles».

* *

Esta carta está fechada el 13 de abril. La última—dirigida a un mecánico, a fin de que hiciera un tornillo que faltaba para una máquina de la fábrica—está suscrita el 15 de mayo, nueve días antes de su muerte.

* *

Han pasado ante mis ojos las trescientas treinta páginas del epistolario, escritas en esa característica letra suya, siempre igual y siempre bella. Antes de esa última página, un optimismo sereno y reconfortante. Después de ella, el misterio.

El misterio, sí, pero también una enseñanza exaltadora. La visión del triunfo, la persecución del buen éxito, la concepción integral de la vida, tal como Emerson la hubiera soñado.

¡La Vida, esculpida como una estatua armoniosa, cincelada como una obra de arte, y por cuyo amor todo debe sacrificarse, todo... hasta la misma existencia!

(*El Diario Nacional*. Bogotá).

Una carta ejemplar del ilustre Cajal

Por el Dr. G. Lafora

Con motivo de la jubilación de Cajal, como profesor universitario, se ha proyectado un justo homenaje al sabio. Cajal, enterado del propósito, ha escrito a D. Carlos María Cortezo, presidente de la Real Academia de Medicina y uno de los organizadores de este justo homenaje, una carta que debe servir de ejemplo. Recogemos aquí aquellos párrafos que se refieren al proyectado homenaje:

«Anticipo, desde luego, un deseo que quisiera ver respetado: nada de sesiones solemnes ni de efusiones retóricas de tono panegírico. Mi lamentable estado de salud no podría tolerarlas ni la modestia de mis méritos consentirlas. En todo, la medida, como decían los griegos: procedamos, pues, seriamente, sin exageraciones, y mirando, antes que a la persona, a los continuadores de su obra. Imitemos a Alemania, en donde cuando un investigador insigne se jubila o cumple los cincuenta años de su doctorado, toda la fiesta se reduce a la publicación de un libro colaborado por discípulos y amigos. Y si en tan cultos países esto basta a la satisfacción de un sabio y a la ejemplaridad social del homenaje, ¿cómo no ha de satisfacerme a mí, que me tengo por un modesto obrero de la ciencia, animado y confortado por el amor de la patria?

Pero la citada forma de homenaje, la más espiritual y discreta, está ya en marcha. Acerca del asunto podrá informarle a usted el doctor Tello. En sufragar los gastos del libro hallarán amplio cauce a sus finezas los amigos generosos, caso de no encontrarse editor.

Y de sobrar dinero, tendría su empleo en costear la reedición de algunas monografías antiguas agotadas.

Existe, además, un proyecto de «Instituto Cajal» o «biológico», aprobado por las Cortes, y que tiene consignación en el presupuesto. Comprado el terreno, las obras van a comenzar estos días. Y me aseguran que el Gobierno está dispuesto, para dar impulso a la construcción, a aumentar la cifra presupuesta, que actualmente es de pesetas 100.000. Los parlamentarios cultísimos y de sólido prestigio como usted, podrían emplear su influencia en estimular y asesorar al Gobierno y a las Cortes acerca de este asunto, de vital interés para la biología patria. Pero de esto y de la organización de la labor del futuro Instituto ya tendré el gusto de cambiar impresiones con usted.

Para mí, personalmente, nada deseo, según he repetido hartas veces. Estimo que el dinero de la nación y de los particulares generosos debe servir, no para recompensar a un hombre cuya carrera científica está a punto de terminar, sino para facilitar medios decorosos de trabajo a sus continuadores, y forjar, por consiguiente, los futuros maestros. Con ello recibiría yo el más halagador de los homenajes y el más confortador de los consuelos.»

Cajal se ha mostrado en esta carta con toda la grandeza de un sabio preocupado con la continuidad de sus ideas y de sus estudios y como un hombre honradamente modesto y enemigo de la rimbombante aparatosidad de nuestros homenajes. Los homenajes no deben ser a la persona, sino a la obra del maestro, nos ha dicho sencillamente. Estos son los homenajes prácticos que necesita España.

Justo es consignar aquí de qué manera han comprendido el homenaje a Cajal otros hombres. Desde rincones apartados de la América latina, dos hombres modestos, que salieron de España pobres, emigrantes, y que hoy han alcanzado allí la tranquilidad

económica deseada, han enviado independientemente a la Junta de Ampliación de Estudios cantidades considerables (50 ó 60.000 pesetas cada uno) para contribuir a la creación del Instituto Cajal. Estos dos hombres coinciden en sus cartas en rogar que se mantengan incógnitos sus modestos nombres de antiguos obreros españoles. Ejemplos de esta modestia del incógnito y de la generosa dádiva necesita España, donde el espíritu mezquino no sabe tener estos rasgos más que al recibir la oleada de juventud y optimismo que lanza al emigrante victorioso la vida amplia y generosa de América. Aquí no conocemos la dádiva más que en los momentos de la agonía o del testamento y bajo la forma de anticipo reintegrable en la otra vida.

Consignemos, sin embargo, algunos loables intentos de iniciar una subscripción nacional en favor del Instituto Cajal, mediante contribuciones importantes, que nos comunicaron el año pasado algunas personas, como el señor Artigas, el doctor Verdes Montenegro, el doctor Coca y el grupo de los discípulos de Cajal.

Noble y sencillo ejemplo de homenaje al maestro es también el que le han hecho los alumnos de Cajal, y que narra esta carta de uno de ellos:

«Tengo el gusto de comunicarle que los alumnos del ilustre Cajal, en vista de que la pizarra de su clase manifestaba *heridas crónicas* y una *vejez exagerada* (de la que, por lo visto no se habían enterado nuestros *pedagogos oficiales*, que se dedican a *jubilar* ideas nuevas que podían ser fecundas), acordamos adquirir un encerado, en el que, por lo menos cómodamente, el glorioso sabio pudiera dibujarnos sus clásicos esquemas. Hoy ha comenzado a usar don Santiago la pizarra que le hemos regalado sus discípulos. En la suscripción abierta con tal objeto han cooperado como buenos camaradas los estudiantes americanos.»

Cuando todos sepamos glorificar así la obra del gran maestro español, sin perturbar la modestia y recogimiento de su persona, entonces haremos feliz a Cajal.

(Del Boletín Mensual de la Cooperación Voluntaria de Amigos del Libro. Madrid).

POETAS DE CHILE

CARLOS PEZOA VELIZ [1]

FECUNDIDAD

A Guillermo Labarca H.

El porte grave, el porte de esta robusta vaca
de cuernos recortados. El aire distinguido
de ésta que es corniabierta y ésta que es
[retaca,
manchan el pasto alegre donde rumia el
[marido.
Sopla un aire robusto... ¡Salud, señor
[paisaje!
¡Es Ud. tan potente! ¡Y es Ud. tan salvaje!

El toro de ancha testa contempla en la
[pradera
la encantadora carne de la esquiva ternera
que hace saltar la brizna, buscando, hocico
[al aire,
no sé qué encanto nuevo que ha soñado...El
[desgaire
de los gallos erguidos, de los pollos de
[estacas
que hacen rueda a las pollas de floreados
[pompones,
entre el aire seriote de los toros y vacas
y el chirrido tedioso de cien mil moscar-
[dones.

Las moscas acrobáticas se buscan. Y los
[pavos
empiezan ademanes de lujuria en los rabos
abiertos a la inmensa gloria de un sol lascivo,
que torna oscuro el gesto y el ensueño agre-
[sivo...
Los peones cuchichean en los ranchos agres-
[tes;
las hembras escudriñan los espacios celestes,
como soñando un hombre superior, un man-
[cebo
de formas endiabladas, un macho ardiente,
[un nuevo
peón que viniera a brincos por las viviendas
[de ellas,
violando a las esposas antes que a las don-
[cellas...

Por el abierto campo la manadas tranquilas
alargan los lamentos de las tardas esquilas,
mientras un venerable carnero de agria testa,
salta por sobre aquella borrega o por sobre
[ésta.
Más allá un potro bayo de musculosos
[pechos
baja a brincos los quiebros de los bruscos
[repechos,
mueve la cola, mueve las orejas nerviosas,
salta, piafa, relincha; las patas temblorosas
se levantan, se doblan... el sol cae en el anca
y hay relampaguilleos de oro. Esbelta po-
[tranca
viene dando corcobos... Ansía que la violen...
Sopla un viento de fuego que arrastra polen
[¡polen!

Oiga Ud. buena moza que las vacas ordeña;
más blanca que la leche de las vacas, la sueña
mi juventud. Sus pechos deben ser aún más
[blancos...
(El pastor le echa el ojo por los mórbidos
[flancos)...
Oiga Ud. buena moza. Mire el sol: una
[brasa...
¿Ve Ud. a la potranca? ¡Pues, ella se solaza!
¿Y nosotros? ¡La sangre se me enciende,
[pastora!

Dame un beso. ¡Otro beso de tus labios!
[Ahora
mira cómo en los campos la carne de las
[frutas
tirita; cómo corren oleadas disolutas.
Mira cómo la vida revienta. Mira cómo
el viento ama a las tierras y les araña el
[lomo...

La pastora se calla. El pastor tiembla y mira;
luego se va acercando. La pastora suspira...

TEODORINDA

Tiene quince años ya Teodorinda
la hija de Lucas el capataz;
el señorito la halla muy linda;
tez de durazno, boca de guinda...
¡Deja que crezca dos años más!

Carne, frescura, diablura, risa;
tiene quince años no más... ¡olé!
y anda la moza siempre de prisa
cual si a la brava pierna maciza
mil cosquilleos hiciera el pie...

Cuando a la aldea de la montaña
con otras mozas va en procesión,
su erguido porte, fascina, daña...
y más de un mozo de sangre huraña
brinda por ella vaca y lechón.

¡Si espanta el brío, la airosa facha
de la muchacha... ¡Qué floración!
Carne bravía, pierna como hacha,
anca de bestia, brava muchacha
para las hambres de su patrón!

Antes que el alba su luz encienda,
sale del rancho, toma el morral
y a paso alegre cruza la hacienda
por los pingajos de la merienda,
o la merienda de un animal.

Linda muchacha, crece de prisa...
¡Cuídala, viejo, como a una flor!
Esa muchacha llena de risa
es un bocado que el tiempo guisa
para las hambres de su señor.

Todos los peones están cautivos
de sus contornos, pues que es verdad
que en sus contornos medio agresivos
tocan clarines extralascivos
sus tres gallardos lustros de edad.

Sangre fecunda, muslo potente,
seno tan fresco como una col;
como la tierra, joven, ardiente;
como ella brava y omnipotente
bajo la inmensa gloria del sol.

Cuando es la tarde, sus pasos echa
por los trigales llenos de luz;
luego las faldas, brusca, repecha...
El amo cerca del trigo acecha
y le echa un beso por el testuz...

ENTIERRO DE CAMPO

Con un cadáver a cuestas,
camino del cementerio,
meditabundos avanzan
los pobres angarilleros.

Cuatro faroles descienden
por Marga-Marga hacia el pueblo,
cuatro luces melancólicas
que hacen llorar sus reflejos;
cuatro maderos de encina,
cuatro acompañantes viejos...

Una voz cansada implora
por la eterna paz del muerto;
ruidos errantes, siluetas
de árboles foscos, siniestros.
Allá lejos, en la sombra,
el aullar de los perros
y el efímero rezongo
de los nostálgicos ecos.

(1) Véase en el Repertorio número 5 del tomo en curso, un estudio del Sr. Torres Rioseco sobre este notable poeta chileno.

Sopla el puelche. Una voz dice:
—Viene, hermano, el agüacero.
Otra voz murmura:—Hermanos,
roguemos por él, roguemos.

Calla en las faldas tortuosas
el aullar de los perros;
inmenso, extraño, desciende
sobre la noche, el silencio;
apresuran sus responsos
los pobres angarilleros
y repite alguno:—Hermano,
ya no tarda el aguacero;
son las cuatro, el alba viene,
roguemos por él, roguemos.

Y como empieza la lluvia,
doy mi adiós a aquel entierro,
pico espuela a mi caballo
y en la montaña me interno.

Y allá en la montaña oscura
—¿quién era?—llorando pienso:
—¡Algún pobre diablo anónimo
que vino un día de lejos,
alguno que amó los campos,
que amó el sol, que amó el sendero
por donde se va a la vida,
por donde él, pobre labriego,
halló una tarde el olvido,
enfermo, cansado, viejo!

(Del tomo *Las Campanas de Oro*. Biblioteca Latino-Americana. París).

El culto del pobre

La resignación asegura a todo mal un imperio perpetuo sobre los hombres. Da por irremediables la opresión y la miseria; y suprimiendo así en el miserable y en el oprimido la esperanza de mejorar, es el agente mismo del dogma de obediencia.

Así nació como una de las más perniciosas formas del misticismo, el culto del pobre. Lejos de buscar la abolición del pobre con la supresión de la miseria, el cristianismo lo convirtió en instrumento de perfección espiritual para el rico. La resignación del pobre aseguraba a este último la tranquilidad y el goce de la vida eterna. El cristianismo fomentó la miseria como una virtud: la miseria, madre de todo crimen, de toda iniquidad y de toda infamia; y con la resignación predicada al siervo, fomentó como una virtud la obediencia. Estas fueron las dos columnas fundamentales de su construcción moral. Nótese bien que obediencia y miseria definen la condición del esclavo. Erigirlas en virtudes, equivalía a glorificar la esclavitud.

Entonces reinaron sobre el mundo la tristeza y el miedo. La Edad Media pasó mil años en la inminente angustia del juicio final, es decir del supremo castigo. La justicia humana quedó fundada en el terror. La tristeza fué el estado habitual de los espíritus. «El cristianismo, dice Chateaubriand (*Et. Hist.* Vo., 2e. partie), creó aquellos hombres de ensueños, de tristeza, de hastío, de inquietud, de pasión, que sólo hallarían refugio en la eternidad». No puede darse a mi ver una síntesis más completa del pesimismo.

La congoja y la mendicidad fueron dos anchas vías conducentes a la perfección cristiana. El «don de lágrimas» era un rasgo característico de santidad. Bajo la protección del cristianismo, la mendicidad no tardó en industrializarse, sembrando con la sordidez «profesional» los contagios a ella inherentes. La exaltación de aquel azote engendró las órdenes mendicantes que fueron las más eficaces compañías de propaganda religiosa. El cristianismo prefirió socorrer la desgracia a evitarla como procuraba el paganismo con sus medidas de asistencia y salubridad. Sus dos instituciones más típicas fuéronlo el hospital y la limosna.

LEOPOLDO LUGONES

(De la obra *El dogma de obediencia*).

El Cardenal Mercier de Santo Domingo

(Traducido de *The Nation*, de Nueva York)

El hombre mejor parecido, o el más querido en Santo Domingo, así llaman los dominicanos a su Arzobispo. Efectivamente, ni la grave enfermedad que lo aquejó recientemente y cubrió de nieve su cabeza y aniquiló su organismo, pudo quebrantar su espíritu y su valor que salen a raudales por sus ojos cafés, colocados en el rostro más bondadoso y venerado. Es fácil darse cuenta de por qué dicen que es el «hombre más querido en Santo Domingo», pues ni el cariño que el pueblo dominicano tiene a su valiente y abnegado Presidente, el doctor Henríquez y Carvajal, excede al que se profesa a Monseñor Nouel.

Al domingo siguiente a la llegada de la Comisión Investigadora del Senado norteamericano, se cantó un solemne Te Deum, por el pronto restablecimiento de Monseñor Nouel, en la histórica catedral, bajo cuyas naves se encuentra la tumba de Cristóbal Colón, símbolo que une dos épocas memorables en nuestro hemisferio. Cuando el «peregrino» más anciano de los que arribaron a playas de Norteamérica a bordo del «May Flower» aun no había nacido, Santo Domingo se encontraba ya floreciente. El Arzobispo Nouel ha sido el partidario más decidido y el defensor más abnegado de esta civilización y esta cultura. No ha sido posible acallar la voz de este Cardenal Mercier del Mar Caribe.

Cuando estuve a visitarle se encontraba muy débil aun y temí provocar un esfuerzo perjudicial a su salud, presentándole con tal motivo un cuestionario, que contestó en una forma clara y precisa, ampliando sus respuestas con un dejo de humor que medio apaga el fuego inextinguible que no han podido sofocar cinco años de ley marcial. El señor Arzobispo ha llevado a cuestas una cruz pesada. Los sufrimientos de su pueblo, las persecuciones y torturas de que ha sido víctima, también han sido suyas. Ni él mismo puede substraerse a esta persecución.

El Arzobispo Nouel es un notable historiador, y en el año de 1918 pidió a Sevilla algunos documentos originales importantes para ampliar la segunda edición de la historia de Santo Domingo, escrita por él. Las fuerzas invasoras encontraron en el paquete que le fué enviado al señor Arzobispo, algunos documentos que se relacionaban con «Carlos V, Emperador de Alemania.» ¡Horror! Documentos alemanes... Fueron confiscados y posteriormente destruidos, considerándose al señor Arzobispo como persona sospechosa. Culminó este incidente cuando las autoridades militares no le quisieron entregar un ejemplar del «Directorio de Misas» para el año siguiente. Este libro estaba impreso en latín y le había sido enviado a Monseñor Nouel de Roma; forzosamente debía ser algún tratado alemán en clave. ¡Hermosa lógica y manera de pensar de las autoridades militares que controlaban la administración de Santo Domingo para que pudiera subsistir la democracia mundial!

¿Quién, después de haber visto a Adolfo Nouel, puede dudar que Santo Domingo recobrará su libertad?, a pesar de las comisiones de disimulo, del militarismo, del imperialismo finannanciero y de la incesante propaganda con que se pretende comprobar que todos los habitantes de Santo Domingo y Haití sienten cariño por los invasores. Un puñado de agitadores políticos y de descontentos constituyen la única excepción. Para estos individuos y para quienes creen como ellos, el Arzobispo Nouel es un agitador político y un descontentadizo. Efectivamente lo es—¡Dios lo bendiga!—Está descontento con la tiranía extranjera y con la opresión. Es un agitador que predica la libertad, la justicia, el derecho divino de los pueblos para ser dueños de sus destinos, animados por el mismo espíritu que en el año de 76 prevaleció en los Estados Unidos de la América del Norte.

Damos a continuación el cuestionario y las respuestas del Arzobispo Nouel:

¿Cuáles son sus deseos en lo que se refiere a la República de Santo Domingo y a la ocupación norteamericana?

—Mi deseo es ver esta república disfrutando libremente de su independencia, libertad y soberanía.

¿En su concepto es ese el deseo general del pueblo de Santo Domingo?

—Es el deseo unánime del pueblo dominicano.

¿Cree usted que está justificada de alguna manera la ocupación militar de la isla?

—Creo que la invasión norteamericana no está basada en ninguno de los principios del derecho y la justicia, y que por ningún motivo está justificada.

¿Cree usted que los cinco años de ocupación militar han beneficiado en alguna forma a los dominicanos?

—No creo que hayan obtenido ningunas ventajas ni beneficios de la intervención; por el contrario, considero que se han defraudado completamente las esperanzas del pueblo de Santo Domingo con respecto a la ocupación norteamericana.

¿Qué sabe usted del estado de ánimo en la América Latina con motivo de la ocupación norteamericana y los sentimientos que abrigan las otras repúblicas latinoamericanas hacia los Estados Unidos?

—Cuando estuve en Roma, el año pasado, tuve oportunidad de hablar con varios señores arzobispos y obispos de diferentes partes del Sur y Centroamérica, y la opinión de estos señores fué siempre que la intervención es injustificada. Más aun, se expresaron con franqueza, diciendo que sus países deben estar listos porque nadie sabe a quién le toque después.

¿Qué mensaje quiere usted enviar al pueblo de los Estados Unidos, amante de la libertad y de la justicia, es decir, casi en su mayoría, o por lo menos hasta hace poco ignorante de lo que ha ocurrido en Santo Domingo y Haití durante los últimos cinco años?

—El único mensaje que quiero enviar al pueblo de los Estados Unidos que ama la libertad y la justicia, es que, en mi concepto, parece imposible que el mismo pueblo que derramó generosamente su sangre y segó lo más granado de su juventud en defensa de la libertad, quiera, al mismo tiempo, privar a un pueblo débil y pequeño de esa misma libertad e independencia que le corresponde por herencia desde hace casi un siglo.

¿Qué conducta cree usted que debe seguir el pueblo dominicano, si el Gobierno de los Estados Unidos no satisface sus aspiraciones?

—La única conducta que yo puedo aconsejarle, es que confíe en Dios, dueño de nuestros destinos, y que espere con paciencia.

(*El Maestro*. México, D. F.)

MANIFIESTO

DEL NUEVO DIRECTOR DE LA ESCUELA DE LEYES

Ideas de Renovación Social y Jurídica normarán todos sus actos

El señor Licenciado Manuel Morín, nuevo Director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, que sustituyó al Licenciado Alejandro Quijano, acaba de hacer circular entre los profesores y alumnos de dicho plantel el siguiente manifiesto, en el que expone sus ideas de renovación, tanto social como jurídica, que normarán sus trabajos, al hacerse cargo de la dirección de la Escuela de Leyes.

El manifiesto aludido, dice lo siguiente:

«Desde que, como estudiante, pasé por las aulas de nuestra Facultad, me he contado entre quienes afirman que la Escuela de Derecho no cumple su misión.

»El hecho, indiscutible, de que no podamos elogiar sin reservas la labor de la escuela, es debido a que, mientras en el mundo empieza a abrirse paso una nueva organización que debe ser el objeto de los estudios y de las investigaciones de esta Facultad, la escuela continúa aferrada a los antiguos moldes.

»Y la escuela ha conservado su actitud en medio de la renovación mundial, porque casi nunca se ha desarrollado en ella una labor propiamente universitaria de investigación, porque nos hemos creído ligados al texto positivo de las normas jurídicas aparentemente intactas, no obstante que un nuevo espíritu ha penetrado en las fórmulas sacramentales.

»Nuestra escuela necesita una reforma radical. Su organización externa podrá permanecer invariable; pero la disciplina y la orientación de nuestros trabajos, deben ser diversas de lo que hasta hoy han sido.

»Si la escuela debe limitarse a servir para ilustrar, podemos reducirla a la biblioteca.

»Un instituto donde se repiten y se emprenden solamente, las cosas que se dicen en los textos, no es un instituto universitario, y debe suprimirse, porque en todo caso es mejor acudir directamente a los textos, salvando los peligros de una mala repetición.

»Aparte de su misión «ilustrativa», la Facultad debe ser un fecundo lugar de investigación y, sobre todo, en ella debe crearse una severa disciplina espiritual y un vigoroso criterio moral.

»Enseñar o aprender lo que otros, antes o mejor que nosotros, han hecho; pero también investigar por nuestra cuenta los hechos sociales, donde tiene hondo arraigo el objeto de nuestro estudio y empeñarnos por rectificar envejecidos conceptos y por dar nuevos y caros valores morales a las conclusiones de la disciplina científica que estudiamos, a nuestra propia fuente de la vida y a nuestra función entre los hombres.

»Este es mi criterio sobre la labor de la Escuela y no dudo que ésta será la orientación de maestros y estudiantes de la Facultad. Espero que todos, por lo tanto, trabajaremos fervorosamente para realizar la grande labor que nos impone nuestra creencia».

(De *El Heraldo de México*, 24 mayo 1922).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica